

LIBROS

Carlos Barral, a la «recherche du temps perdu»

Hace diez, doce años, ese mismo hombre que ahora desgrana conceptos y palabras con aplomo de conferencia de prensa, venía a la Universidad de Barcelona a leernos conceptos y palabras civiles. Nuestro universo mitológico de estudiantes mitológicos estaba formado por una colección de cromos a la manera de un equipo de fútbol: Castellet; Celaya, Blas de Otero, Angel González; Sastre, Sacristán; Goytisolo I, Goytisolo II, Carlos Barral, García Hortalano y Ferrer. Como en los equipos de postín, no podía pretenderse una titularidad exacta, y así era difícil colocar la etiqueta de reservas a López Salinas, Angela Figuera o los más jóvenes: López Pacheco, Goytisolo III y muchos jóvenes jugadores, entonces en buena forma, pero que, en demostración de la sastriana parábola del corredor de fondo, dejaron el oficio a media carrera, con tres niños por banda y el pánico a toda vela.

Decía que Barral no tenía un «no» para los que entonces iniciábamos la ascensión hacia el intelectualado, bajo la etiqueta de Delegados de Actividades Culturales. Acudía con sus poemas pulcramente mecanografiados, un atuendo impecable, el mejor recorte de barba del condado y un carisma de relativa impertinencia, civil jugueteándole en los ojos. No era su poesía hermanada de pirómano como en el caso Blas de Otero. ¡Cómo nos encendía el bilbaíno con su rabia y su idea abriéndose difícil camino entre los lajos anervados y semicerrados! Tampoco era aquella revelación cordial que el impresionante Celaya nos comunicaba con toda su humanidad. Ni la elegante distancia, a veces sabiamente angustiada, con que Jaime Gil de Biedma nos

leía sus poemas, casi siempre, ya entonces, a título póstumo. Tampoco eran las lecturas de Barral la maravilla taurina de José Agustín Goytisolo, amo y señor del arte de parar, templar y mandar. Cuando José Agustín leía aquello de que «... no les llega la camisa al cuerpo», veíamos, todos veíamos, un vencido enemigo en sus cueros y en retirada. La cosa era cuestión de un eterno octubre en las ramas.

Barral era distinto. Nos explicaba su educación cordial de señorito con razón industrial familiar a sus espaldas, pero en total solidaridad con «el vigor del pueblo soberano». Y sin embargo, me atrevería a decir que Barral ya era entonces importante para nosotros porque éramos conscientes de que, por primera vez en España en muchos años, un instrumental editorial, una razón industrial, se empleaba como arma de combate al servicio de la cultura progresiva. Ese arma la manejaba aquel hombre, entonces apenas treintaero, con asesorías tan dispares como la del inolvidable Joan Petit o la de Castellet o Gabriel Ferrater, Valverde, Villanova, el propio Jaime Gil, los Goytisolo. Su batalla era nuestra batalla, y en los muros del patio de letras no había otras críticas que la de los libros de Seix y Barral. En la guerra, como en la guerra.

Pues bien, diez, doce años después, aquel mismo hombre desgrana conceptos y palabras con aplomo de conferencia de prensa para explicarnos por qué le han echado del puesto de rector supremo de la política literaria de Seix y Barral y por qué intenta emprender una nueva vida editorial a través de Barral Editores. Pocos auditores. En su mayoría periodistas jóvenes. Y me atrevería a decir que la razón fundamental es que, a pesar de los años, las circunstancias y Barral apenas han cambiado.

SEIX Y BARRAL, SIN BARRAL

Una vez más, Carlos Barral resume la crisis. Desde 1911 había un equilibrio de acciones en el seno de la razón social Seix Barral. Cuarenta por ciento los Seix, 40 por 100 los Barral. El 20 por 100 restante

participaba directamente en la dirección de la empresa. Los Seix y los Barral llegaron al acuerdo de comprar, si llegaba el caso, las acciones restantes en condiciones de paridad. De pronto, tras la muerte de Víctor Seix, que compartía con Carlos Barral la dirección de la editorial, el 20 por 100 de acciones marginadas fueron compradas por empleados de la familia Seix. El nuevo planteamiento parecía el resultado de un partido de baloncesto al término de la primera parte: Seix, 60;

editorial con crédito cultural universal gracias a una política editorial propiciada por él y su equipo de colaboradores. Los Seix retenían todas las colecciones. Tras regateos sucesivamente abandonistas, Barral reclamaba que le cedieran, aunque sólo fuera la **Biblioteca Breve**. No hubo acuerdo. Finalmente, durante un viaje al extranjero de Carlos Barral, los Seix tomaron medidas. A la vuelta, Barral se encontró el despacho ocupado y se había acordado, además, el despido de los últimos

sa. Una de las primeras tareas de Juan Ferrater es recoser los descosidos. Hay quien admite apuestas sobre el éxito o no éxito de su gestión. Una pregunta queda planteada por el juego de tan extraña sustitución. Si la política cultural va a ser la misma, ¿por qué la destitución de Barral y su gente? Carlos dio su respuesta en el transcurso de la rueda de prensa.

—Diferíamos en cuanto a la concepción de la empresa.

«Para mí una editorial es algo que no puede prestarse a unas implicaciones industriales. Para ellos la editorial será una parte más del tinglado de sus negocios y funcionará bajo un consejo de administración común. Esto exigirá una rentabilidad aséptica, a la larga desgajada de la rentabilidad cultural, progresiva que debe buscar una actividad intelectual. El fracaso cultural e incluso económico de las editoriales «industriales» se hace cada día más evidente. Ya sé que han dicho que proseguirán mi línea editorial. Yo creo que es imposible. Incluso no aconsejable. En primer lugar, porque yo me quedo con casi la totalidad de colaboradores habituales de Seix y Barral. Y en segundo lugar, porque Ferrater tiene sus propias ideas sobre el hecho literario.

PREMIO SEIX Y BARRAL Y PREMIO BARRAL

Casi simultáneamente se han convocado los premios Seix y Barral y Barral Editores. El **Biblioteca Breve** (bajo los Seix) se ha quedado sin jurado, porque el jurado íntegro ha pasado a formar en el Barral Editores. El primer «round» se lo apunta Barral. Queda el premio Maldoror, creación directa de Barral Editores, en el que uno de los jurados, Pedro Gimferrer, es en la actualidad lugarteniente de Ferrater. Carlos Barral declaró que para él, Gimferrer seguía siendo miembro del jurado del Maldoror. No se trataba de un ejercicio de virtud cristiana, sino de un ejercicio de razón práctica: el premio ha de fallarse dentro de unas semanas.

¿Va a dividirse el público lector? ¿Va a crearse una escisión cultural polarizada en



Carlos Barral

Barral, 40. La nueva situación se materializó, meses atrás, en la expulsión de dos de los principales colaboradores de Carlos Barral: Rosa Regás y Rafael Soriano. En solidaridad con sus colaboradores, Barral jugó a fondo y se planteó una cuestión de confianza en su labor gerencial. La ruptura ya era cosa hecha, y los dos grupos de familiares iniciaron unas largas conversaciones para deshacer la sociedad. La postura del grupo Seix era de máxima fuerza legal. La postura del grupo Barral descansaba, sobre todo, en la fuerza moral de Carlos Barral. Barral participaba con muy poco dinero personal en la empresa. Pero es indudable que Seix y Barral es hoy una

colaboradores que conservaba en la casa: Félix de Azúa, Fernández de Castro, Isabel Font, etcétera, etcétera.

Los Seix ya tenían nombres de repuesto. Ante la sorpresa de los iniciados, Juan Ferrater (hermano de Gabriel) ocupa el puesto de programador literario, y Pedro Gimferrer, el de su colaborador. Al mismo tiempo se hacía una declaración expresa de que seguiría la misma política cultural del anterior equipo. Mientras tanto, García Hortalano, Vargas Llosa, Juan Marsé, entre otros, ya habían escrito a los Seix comunicándoles su deseo de cancelar el contrato por títulos publicados o títulos futuros si Carlos Barral salía de la empre-

Seix y Barral y en Barral Editores?

En el momento de partida, uno y otro equipo tienen posiciones culturales aparentemente similares. Ambos comparten el disgusto por el realismo-agrícola y una disposición de apertura hacia una literatura sin fronteras. Aunque por parte del equipo de Carlos Barral se acentúa una preocupación por una estética más combativa, alineada con el humanismo crítico, en solución de continuidad lógica con las tesis sostenidas hace diez o doce años y desintoxicadas de su carga de mesianismo escatológico y mecanismos interpretativos. Ferrater (introducción de la crítica estructuralista en España) y Gimferrer tienen ante sí la difícil tarea de conservar un público común con el de Barral Editores, sin compartir el mismo censo de escritores. Sólo tienen a su favor el factor dinero, aunque el dinero es a su vez factor generador de paciencia, serenidad y seguridad.

—¿Con qué dinero cuenta Carlos Barral?

Su dinero personal no existe. Podrá contar con dinero familiar en el momento en que el 40 por 100 de las acciones de Seix y Barral le sea liquidado. Todo radica en si será un dinero tranquilo o un dinero intranquilo. Un dinero que exija inmediatamente beneficios o que pueda esperar. Las colecciones que Barral creó en el seno de Seix y Barral (Biblioteca Breve, Formentor, Biblioteca Breve de Bolsillo, Nueva Narrativa Hispánica) tardaron, especialmente las dos primeras, en ser rentables. Claro, que 1970 no es 1950, y que el nombre de Barral tiene un amplio crédito entre el público lector. Especial empeño tiene el poeta-editor en que su apellido desaparezca de la razón social Seix y Barral, pero los Seix se niegan y la legislación española es muy escrupulosa con la propiedad comercial de los apellidos.

Barral prepara títulos de Carpentier, Vargas Llosa (un estudio sobre García Márquez), Bryce Echenique (una nueva revelación de la novelística peruana) Marcel Maux, Günther Grass. Ha reunido en Barral Editores a sus colaboradores últimamente despedidos de Seix y Barral; tiene

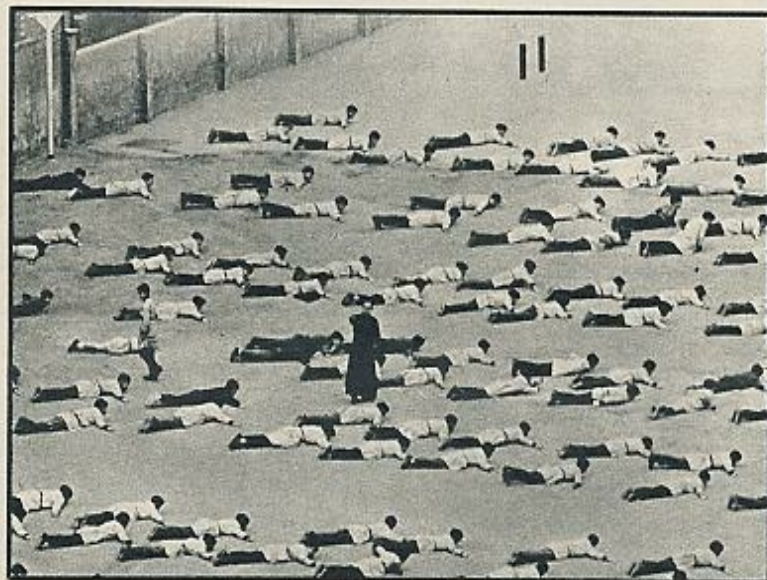
en cartera nombres que jalonan los éxitos de su ya larga vida de editor combativo, tiene la conciencia de un papel extraordinario cumplido en la renovación del gusto lector del país y en la formación de su conciencia crítica. Pero a pesar de este haber, Carlos Barral tardará algunos años en dormir tranquilo.

Es cuestión de dinero. ■
M. VAZQUEZ MONTALBAN.

La «beat generation»

"El peso del mundo es amor...". Así ha escrito Allen Ginsberg, seguramente el más grande de su generación, la "Beat Generation", que tanto condicionó la evolución de la poesía contemporánea no sólo en Norteamérica, sino en el mundo occidental. Pero, ¿el peso del mundo es amor? ¿No estará en la afirmación de Ginsberg tanto el secreto ideológico de este conjunto poético como el germen mismo de su propia destrucción, en el seno de una época cruzada por la violencia? Puede también advertirse en esta cita, que tan certeramente define el espíritu de la promoción, una reacción frente al modo de vida determinado en su país por las tensiones de la guerra fría y el terror interno de la "caza de brujas" y el vértigo antiprogresista de los años cincuenta, tiempo en que aparecen las principales producciones del grupo. En cualquier caso, un poema como "América", que no figura en la selección que nos sirve de base para el comentario ("Antología de la 'Beat Generation'", de Marcos Ricardo Barnatan, publicada en "Selecciones de Poesía Universal", de Plaza & Janés, con texto bilingüe), muestra perfectamente el derrotero ideológico central de la promoción.

Cinco son los poetas presentados en esta antología: Gregory Corso, Ferlinghetti, Ginsberg, Jack Kerouac y Philip Lamantia. En su "introducción", el joven poeta argentino Barnatan sitúa a la "Beat Generation", en un rápido apunte, en la historia de la literatura, y después intenta definirla. Barnatan se apoya en Holmes, quien explicó que la palabra "beat", "novelista y crítico de la corriente", sirve para nombrar el estado mental en el que el ser hu-



«Los cachorros» (Foto: Xavier Miserachs)

«Los cachorros», obra puente

Esta nueva edición de «Los cachorros», de Mario Vargas Llosa, con la que Editorial Lumen se incorpora a la serie mancomunada Ediciones de bolsillo, pone a disposición de un ancho público —según mis noticias la tirada ha alcanzado una altísima cifra y la venta, en muy pocos días, sigue un ritmo aceleradísimo— una obra un tanto ecléctica en la por otra parte excelente colección Palabra e Imagen (edición de 1967, con la aportación gráfica, de gran calidad, de Xavier Miserachs). En España, y me figuro que también en Latinoamérica, Vargas Llosa se había convertido ya en autor muy popular desde «La ciudad y los perros», y esta condición acaba de cumplirse, de nuevo, con «Conversación en la catedral», a pesar de las circunstancias exteriores ajenas a lo literario que entorpecieron su difusión. Ahora, la reedición de esta magnífica expresión del arte narrativo de Vargas viene a confirmar definitivamente su prestigio ante una extensa audiencia.

Vista desde hoy, «Los cachorros» constituye una novela-puente entre «La casa verde» y «Conversación en la catedral» y no solamente por la fecha de su aparición sino de modo principal por lo que representa de continuidad en el proceso de maduración de unos recursos para apresar la realidad y transformarla en lenguaje novelístico propio, que adquieren su punto más alto de depuración en la última de las obras citadas. No es una novela menor —por novela corta o por cuento largo, como quiera clasificarse— porque posee una entidad propia bien definida y una calidad literaria indiscutible, pero pienso, de todas maneras, que

en el orden del análisis resulta inseparable del conjunto de la producción del novelista peruano. En ella juegan —en lo formal— un papel primordial los saltos de tiempo y de persona que en «Conversación...» obtienen sus consecuencias más fecundas.

El tema —que tanto recuerda al de «Fiesta» de Ernest Hemingway en su fundamentación— ha sido estudiado concienzudamente por José Miguel Oviedo en una introducción que penetra a fondo en el carácter socio-psicológico de la historia de Pichula Cuéllar, el niño castrado por el perro «Judas» que es, en mi opinión, un símbolo de la sociedad, una sociedad que disimula, emascula y doléa. Los dos planos, el realista y el simbólico, se entrecruzan sin forzarse ni estorbarse, en una estructuración perfecta. «Los cachorros» supone una obra literaria de sin igual riqueza, que admite el análisis lo mismo desde el terreno sociológico que desde el psicoanalítico, y que se sitúa en el realismo y en el simbolismo. En, por otra parte, un prodigio en el nivel de la experimentación técnica. Aquí está, ofrecida en síntesis, la imagen de la sociedad peruana de la niñez y adolescencia de Vargas, trazada con un indudable acierto pesimista y escéptico. Este relato descarnado y directo, nos devuelve al mundo de la infancia al reconstituir el proceso de sus valores y seguir paso a paso su línea hasta que, superada, esta línea entra en inevitable involución. «Libro antiheroico» lo llama Oviedo. Narración, en el fondo, de una gran amargura. ■
G. R.